

LA PRINCESA ALTANERA (Cuento de Micael)

1º, 2º

Había una vez un reino lleno de esplendor y su rey era sabio y poderoso.

Tenía una única hija que era hermosa pero altanera, envidiosa y presumida como ella sola. Pero cuando estaba al lado de su padre, se mostraba amable y cariñosa. No había nada para reprocharle.

Cuando salía del palacio, iba a la plaza del pueblo a jugar con otros niños. Pero siempre acababa burlándose de ellos riéndose. Al fin los niños se iban llorando a sus casas.

Cuando alguno le pedía algo ella siempre decía:

- ¿Piensas que voy a dar algo de lo mío a alguien vulgar de la calle?

Lo que tengo es por ser hija del rey, mi padre. ¿Quién crees tú que eres?

Los niños bajaban la cabeza y se volvían a casa humillados. Esto ocurrió muchas veces, hasta que llegó a oídos de su padre.

Al principio no quería creerlo, pero luego decidió comprobarlo. Y una vez que su hija salió, el rey subió a la torre para poder verla desde allí. Y ocurrió como siempre con los niños, hasta que quedó sola. Entonces el rey vio como se le acercaba un mendigo que le pidió una limosna y ella le contestó:

- ¡Soy la hija del rey, si tú eres un mendigo sigue siéndolo.

Lo mío es demasiado valioso para ti!

Y dando media vuelta se fue hacia el palacio. El rey lleno de ira, bajó de la torre y se fue a esperarla a la puerta. Cuando llegó se extrañó de ver a su padre allí, pero igual corrió a él para abrazarlo.

- ¡Hola, padre querido!

- No te acerques, pérfida hija!, busca un hatillo con tus cosas más necesarias y sal de este palacio, vivirás como el peor de los mendigos de mi reino, en el bosque.

La niña, sin soltar una lágrima de rabia, se quedó helada y se fue a buscar qué podría llevar. Cargó en el hatillo sus joyas de oro y piedras preciosas y se puso sus cuatro capas preferidas, una encima de la otra: la roja, la amarilla, la verde y la azul.

Y con eso salió del palacio corriendo para no ser vista. Pero afuera estaba el rey con un criado que mandó la llevase al corazón del bosque, donde no pudiera salir más, donde más zarzas y espinos hubiese.

Y así lo hizo. Ella caminaba sin decir una sola palabra. Su corazón estaba duro como una piedra y frío como el hielo.

Fue dejada en lo más oscuro del bosque completamente sola, abrumada por ruidos y por silencios, y así pasaron tres días y tres noches. Hasta que se dio cuenta que no había traído nada para comer y sentía mucha hambre. Buscó si encontraba algún fruto silvestre, pero allí no había nada... Por fin dijo:

- ¡Ay, si pudiese pedir a alguien un solo pedazo de pan...!

En ese mismo momento salió de entre unas piedras un enano de larga barba blanca.

- ¿Quieres pan?

- ¡Sí!

- ¿Sabes que el pan es don de la tierra? ¿Qué tienes tú para ofrecerle a ella?

- Sólo tengo mi hatillo con oro y piedras preciosas. ¿De qué me va a servir eso?

- Tráelo, es justo el alimento que le falta a esta tierra. Pero hay que trabajarla y resarcir todo en ella.

Le mostró qué había que hacer, le dio una pala y tuvo que trabajar removiendo la a y después esparciendo sus más preciosas joyas bajo ella, hasta que sus manos estuvieron doloridas y llenas de llagas. Así del cansancio cayó al suelo y ahí se quedó dormida. A la mañana siguiente se despertó y se sintió más aliviada, su corazón era más liviano. Y ahí estaba el enanillo con un pan entre las manos que le dijo:

- Trabajaste la tierra con ahínco y ofreciste tus joyas a ella. ¿Pero qué me das a mí que amasé y cociné este pan para ti?

- ¡Sólo me quedan mis capas...!

- Está muy bien, dame tu capa azul.

Así lo hizo, pues tenía tanta hambre... Y el hombrecillo le dio el pan, le agradeció y desapareció entre los árboles.

Al cabo de unos días sintió mucha sed y no había traído nada ni encontró ninguna fuente allí. Al fin dijo:

- ¡Ay, si sólo pudiese llenar mis manos con agua fresca!

Y al momento vio que salía de una pequeña charca sucia a sus pies, un pececillo que le dijo:

-Este lugar es muy seco, los peces de aquí estamos sedientos, pues nunca llueve y los corazones humanos ya casi no lloran. El agua escasea, y hasta aquí no llega una gota desde hace mucho tiempo. Si sintieses tristeza, si te apenase algo quizás se movería algo en tu corazón. Piensa un poco...

Al anochecer, miró al cielo, y pensó en su padre, ya no con rabia, sino con nostalgia. Recordó cómo había vivido en su reino. Allí, nada le faltaba, no sólo riquezas, sino también comida y amor.

Las primeras lágrimas comenzaron a brotar a medianoche. Y pensó en todos los niños que había humillado, uno por uno, y siguió llorando hora tras hora.

Al amanecer pensó en el último mendigo, en su mirada triste... y ahí lloró tan fuerte que la charca fue creciendo tanto que era como un riachuelo que corría bosque abajo.

El pez salió alegre nadando para agradecerle y le ofreció una vasija llena de agua pura:

- *¿Qué me das por este agua que junté para ti?*
- *¡Sólo puedo ofrecerte una de mis capas...!*
- *Está muy bien, dame tu capa verde.*

El pez le dio la vasija y ella le dio la capa. Se agradecieron mutuamente y el pez se sumergió en el agua.

Pasaron unos días, y empezó a sentir que el aire estaba muy cargado, apenas se podía respirar; era como si el pecho le oprimiese y sentía una gran angustia a su alrededor. Por fin dijo:

- *¡Ay, si sólo viniese una brizna de viento que llene mis pulmones una vez!*

En ese mismo momento se posó ante ella un hermoso pájaro que le dijo:

- *En este lugar no puedes casi ni renovar tu aire pues es muy cerrado. Nosotros no podemos apenas volar, ni tenemos la fuerza para cantar en ese lugar.*
- *Sólo tú puedes hacer removerse el aire allá adentro bailando con tus capas al aire formando un remolino y además haciéndolo con alegría, pues es para bien de la tierra, del agua y de los árboles y plantas de ese lugar.*

Así sin pensarlo dos veces comenzó a girar sin parar de bailar un momento. Y cada vez se sentía más liviana, el corazón se alegraba más y más y el pájaro revoloteaba a su alrededor lleno de alegría. Así pasó mucho tiempo hasta que cayó rendida. El pájaro se despidió de ella y le pidió su capa amarilla. Ella se la dio con una sonrisa y el pájaro voló hasta desaparecer.

Se acostó mirando al cielo y pensó cuánto daría por poder ir a pedir perdón a su padre. Y así se quedó dormida.

Empezó a soñar, y en su sueño sentía como su pecho ardía, que salían llamas que la cubrían toda y detrás suyo un ser blanco angelical y radiante con una aureola dorada en su frente y un cinturón cruzado en su pecho. Ella se levantaba y le ofrecía lo último que tenía para cubrirse, su capa roja con todo el amor de su corazón. Y el ángel hizo bajar del cielo un manto azul oscuro cubierto de estrellas.

Cuando abrió los ojos vio el manto a sus pies y vio como el ángel se alejaba sonriéndole. Tomó el manto con mucho cuidado y miró al cielo con devoción y gratitud, luego se lo puso. Y cuál fue su asombro que en ese momento el bosque comenzaba a abrirse, y podía ver un camino bien definido.

Comenzó a andar confiada y al salir de la espesura, al lado del camino se encontró con el mendigo que había humillado, el cual se le acercó y le dijo:

– *Hermosa niña, ¿no me darías algo?*

Ella sin pensarlo le dijo:

– *Sí, buen hombre, toma mi capa, tú eres más digno que yo de llevarla. Dame la tuya a cambio. Así me corresponde entrar en el reino de mi padre.*

Y entró como un mendigo, pidiendo a la puerta del palacio. Y los niños se le acercaban a jugar con ella, pues era amable y cariñosa. Hasta el rey la saludaba cuando entraba y salía, y ella le devolvía el saludo.

Y pasó un tiempo... hasta que un día vino un príncipe en un caballo blanco; fue al rey y le pidió muy decidido la mano de su hija.

El rey lo miró extrañado, y luego bajando la cabeza le dijo que *no era posible pues su hija estaba desterrada en el bosque, que nunca volvería a palacio pues no era digna de llevar una corona real.*

El príncipe llevó al rey afuera, tomó a la niña mendiga y le pidió se sacase la capa. Entonces vio el rey el rostro de su hija, más hermosa que nunca pues su corazón estaba lleno de verdadero amor.

Contó a su padre todo lo sucedido y del mendigo que le dio su capa.

Entonces el príncipe le confesó:

– *Ese mendigo era yo, que tuve que vivir así hasta que alguien de corazón limpio quisiese llevar mi capa. Y tú lo hiciste. Ahora quiero pedir tu mano.*

El rey accedió con gran alegría y se celebró la boda con gran esplendor. Les legó todo el reino y reinaron con sabiduría por muchísimos años. Y cuentan que fue el rey más rico de aquellos tiempos.

Aportación de La Comunidad de Cristianos